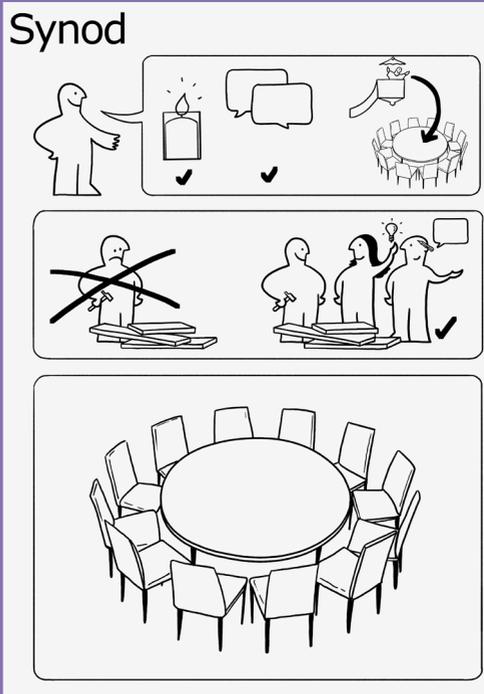


Del Sínodo al jubileo: construyendo comunidad en diálogo

Cristina Inogés Sanz



**DEL SÍNODO AL JUBILEO:
CONSTRUYENDO COMUNIDAD EN DIÁLOGO**

Cristina Inogés Sanz

CONTENIDO

Sinodalidad	5
Todo empezó con un «¡buenas noches!»	6
Una referencia, no el centro	7
El sentido humano de la sinodalidad	8
¡Todos, todos, todos!	10
Hoy, ¿hay excluidos en la Iglesia?	12
Efectividad y eficacia con amor	13
La Mesa de todos	13
Entre habitantes de Samaria anda nuestro futuro	14
Importante para sacerdotes (y para todos)	18
Escuchar	19
Las personas más excluidas	20
La plaza de la Esperanza	24
Hacia la plaza	25
En la Plaza de la Esperanza	25
Indicaciones para llegar a la plaza	26
Desde la Plaza de la Esperanza	26
Notas	29
Preguntas para la reflexión	30

Cristina Inogés Sanz. Laica, teóloga por la Facultad de Teología Protestante de Madrid, SEUT. Miembro de la XVI Asamblea del Sínodo 2021-2024, con voz y derecho a voto, por decisión del papa Francisco.

Esta publicación se distribuye gratuitamente. Colabora y únete a las personas que lo hacen posible.

- Bizum código: 05291
- Transferencia: ES23 2100 3205 1225 0002 4607
- www.cristianismeijusticia.net/es/donativos

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38, e-mail: info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 13204-2024
ISBN: 978-84-9730-554-9 , ISSN: 0214-6509, ISSN (virtual): 2014-6574

Dibujo de la portada: Roger Torres. Edición: Santi Torres
Corrección del texto: Cristina Illamola. Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Impreso en papel y cartulina ecológicos. Septiembre del 2024

«Empieza por hacer lo que es necesario, después lo que es posible, y de repente estarás haciendo lo imposible» (Atribuido a Francisco de Asís).

La Iglesia sinodal nos llama a un cambio profundo como institución, pero, sobre todo, a un cambio personal. El cambio, la conversión personal, no va a afectar solamente a nuestra forma de ser Iglesia, sino que va a afectar más directa y primariamente a nuestra forma de vivir el cristianismo, o, si lo queremos precisar más, a nuestra forma de ser cristianos. La sinodalidad es una realidad eclesial, pero tiene un sentido humano que, muchas veces, se nos pasa por alto. No es algo abstracto.

Francisco ha ido, a lo largo de su pontificado, diseñando unas líneas claras de actuación que siempre han tenido a las personas como eje central. Nos ha ido mostrando una forma de ser

acorde con el Evangelio, pero, lejos de darnos todo hecho, ha ido utilizando su sabia pedagogía para hacernos ver, por nosotros mismos, el camino a seguir.

La apuesta más fuerte, sin duda alguna, ha sido el Sínodo de la sinodalidad donde por primera vez todo el pueblo de Dios ha podido participar. Esta invitación a la participación de todos –que incluso se hizo para los no creyentes– nos ha permitido descubrir una realidad que, estando presente y de forma evidente, nos había pasado desapercibida: que sabemos pensar, que sabemos articular nuestros pensamientos y que sabemos escucharnos bajo la guía del Espíritu. Tan increíble como cierto.

La neurosis de Freud, el opio del pueblo de Marx, el desencanto de Weber o el superhombre de Nietzsche y muchas teorías sobre la religión han fracasado. Pero hay que reconocer que la religión en Europa ha cambiado; sobre todo el cristianismo y su práctica. La sociedad ha cambiado la forma de mirar y ver el fenómeno religioso. Y no hay que tenerle miedo.

Lo importante hoy es no perder la ocasión de ver la crisis de la religión como una gran oportunidad de profundizar en la fe para ver a un Dios que cree en mí, que cree en nosotros y que, por eso mismo, supone un desafío, un desafío para nuevos espacios, tiempos, modos y maneras de dar forma a la fraternidad universal que no puede quedarse en utopía. Es el tiempo de matar a los dioses que nos rodean para dejar paso a Dios, al Dios de la paz.¹

Todo empezó con un «¡buenas noches!»

El proceso sinodal que estamos viviendo –y que ha venido para quedarse, aunque no sea rápido– no comenzó en octubre de 2021. Siendo precisos, en realidad comenzó el 13 de marzo de 2013, cuando Francisco salió a la *loggia* central y pronunció el saludo menos esperado, más sorprendente y más humilde que alguien pudo pensar: «¡Buenas noches!».

No fue el único gesto aquella noche: se refirió a sí mismo como obispo de Roma –sinodalidad sin nombrarla, hecha de la comunión de las Iglesias locales en comunión con el obispo de Roma– y dejando claro que el centro de la Iglesia era y es Cristo, no el suce-

sor de Pedro; no hubo gestos de triunfo; pidió que los presentes en la plaza de san Pedro rezaran y lo bendijeran a él. ¡Asombroso!

Sin saberlo, sin ser conscientes en aquel momento, asistíamos a la presentación de un papa –obispo de Roma– que había elegido el profético nombre de Francisco por primera vez en la historia de la Iglesia y que, como hemos podido comprobar después, reunía en su persona tres características de tres santos de la Iglesia: la sencilla forma de ser de Francisco de Asís, la capacidad de decir, de expresarse con palabras que todo el mundo entiende de Domingo de Guzmán y la persistencia misionera de Francisco de Javier.²

Su primer viaje mostró su prioridad: Lampedusa, la pequeña isla italiana que acoge las pateras de quienes llegan tras una peligrosa travesía en busca de una vida mejor, se convirtió en el primer destino de un papa que no dejaba de reclamar la atención de propios –los católicos– y extraños –el resto– (así los veíamos, como extraños, hasta entonces).

Para quien tuviera la idea de que las sorpresas iban a quedar ahí, la sucesión de acontecimientos demostró lo contrario. Teníamos un papa que, además de venir del fin del mundo –como él mismo dijo–, venía de la tierra que había permitido germinar una teología diferente, tan apasionante como discutida, pero que ya daba muestras de posibilitar algunos cambios importantes desde la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, conocida como Conferencia de Aparecida, celebrada entre el 13 y el 31 de mayo de 2007. ¿Sería posible otra teología para toda la Iglesia? Es evidente

que, a estas alturas, la teología como tal no es el problema, sino la libertad para hacerla, para crearla y las consecuencias de hacerlo, porque... «el auténtico teólogo tiene que ser humilde y admitir que la realidad va cambiando»³ y porque «corresponde a la tarea del teólogo asumir elementos de la cultura de su ambiente que le permitan evidenciar uno u otro aspecto de los misterios de la fe». Dicha tarea es ciertamente ardua y comporta riesgos, pero en sí misma es legítima y debe ser impulsada. [...] El teólogo, sin olvidar jamás que también es un miembro del pueblo de Dios, debe respetarlo y comprometerse a darle una enseñanza que no lesione en lo más mínimo la doctrina de la fe. La libertad propia de la investigación teológica se ejerce dentro de la fe de la iglesia. Por tanto, la audacia que se impone a menudo a la conciencia del teólogo no puede dar frutos y «edifica» si no está acompañada por la paciencia de la maduración. Las nuevas propuestas presentadas por la inteligencia de la fe «no son más que una oferta a toda la Iglesia. Muchas cosas deben ser corregidas y ampliadas en un diálogo fraterno hasta que toda la Iglesia pueda aceptarlas. La teología, en el fondo, debe ser un servicio desinteresado a la comunidad de los creyentes. Por ese motivo, de su esencia forman parte la discusión imparcial y objetiva, el diálogo fraterno, la apertura y la disposición de cambio sobre las propias opiniones».⁴

Este papa humilde, a partir de aquel saludo (sigue resultando divertido ver cómo quienes le rodeaban no sabían qué hacer), nos invitó a soñar con un tiempo nuevo con olor a fresco, creativas formas de acogida, y sonido de

sinfonía. En definitiva, nos recordó que la cabeza —y el corazón, ante todo— piensa a partir de donde pisan los pies.

Una referencia, no el centro

La Iglesia, que nació en un contexto de conflicto y persecución, creció entre divisiones y tensiones, y su historia muestra un itinerario donde se dan avances y retrocesos. Puede ser un poder que acaba cegando a muchos, pero también está donde nadie quiere estar y cuando nadie quiere estar. Tiene una historia negra de abusos donde las sucesivas peticiones de perdón no muestran avances en esa lacra, ya que sigue habiendo casos actuales y el abuso de poder está mucho más arraigado de lo que parece. Y parece mucho.

Francisco quiere alejar a la Iglesia de la autorreferencialidad y colocar en su centro a Jesucristo y su Evangelio, para ser una referencia para creyentes y no creyentes. Aprovecha cualquier oportunidad tanto para denunciar el clericalismo y el carrerismo, como para llamar nuestra atención sobre quienes habitan los márgenes y las periferias de la Iglesia y de la vida.

Esto, que es una realidad en la Iglesia al denunciarse de forma tan contundente por Francisco, tiene el riesgo de que algunos la califiquen de populismo o de demagogia sin resultados. Sin embargo, Francisco no tiene miedo al riesgo (ni a la realidad) de sentirse insultado. Y es el papa más insultado y maltratado en la historia de la Iglesia. Ahora, a eso cabe sumarle los deseos públicos de algunos —y los silencios cómplices de otros— de que llegue pronto al cielo.

Nuestro papa sabe de las diferencias y de la diversidad de nuestra Iglesia. De hecho, la ha definido como un poliedro.⁵ Un poliedro que no es de ahora, sino de siempre, y lo vemos en el Libro de los Hechos de los Apóstoles cuando se nos relata el Concilio de Jerusalén. Pedro y los cristianos que venían del judaísmo querían imponer sus reglas y sus formas a los que se incorporaban desde el paganismo; por otro lado, estos recién llegados venían guiados por Pablo, judío, y catequizados por Lucas, que reclamaba para estos últimos los mismos derechos que tenían los judíos que reconocían a Jesús de Nazaret como el Mesías.

Y aquí llega Lucas, pensando en su comunidad que sobre todo tiene miedo de Dios, con la parábola del hijo pródigo o del padre bueno; Dios como padre que acoge, que espera el regreso del hijo y que, cuando lo ve, va corriendo para abrazarlo sin preguntas, para vestirlo y calzarlo, y para festejar. No olvidemos el anillo –pieza fundamental aunque olvidada– que vuelve a convertirlo en heredero con los mismos derechos hereditarios que tiene el hermano mayor. Es a este Dios a quien Lucas necesita anunciar tanto a su asustada comunidad como a la comunidad que llegaba del judaísmo –representada en el hermano mayor– para dejar muy claro que para Dios todos somos iguales.

Pablo, a quien acompañó un tiempo Lucas, dirá a los Gálatas (Gal 3,26-28): «En Cristo ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, todos somos uno en un mismo Señor».

La Iglesia nunca ha ido tras las modas que se imponen en la sociedad y Francisco, que ha dado claras muestras

de ser una persona con ideas propias, que no se cierra al diálogo con quien sea, nos está enseñando que es posible dialogar unos con otros, conocernos, escucharnos, respetarnos fuera de toda moda, por simple coherencia evangélica.

Lo más cercano a la esperanza que estamos viviendo ahora fue el Concilio Vaticano II. Los tiempos, los momentos, los ciclos de cambio son tiempos de oportunidad que tienen que convivir con profetas de calamidades. Ahora está pasando lo mismo: toca ser catalizadores de esperanza, como Iglesia e individualmente. El Concilio Vaticano II asumió y proclamó una nueva misión en la Iglesia. Lo hizo con *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes* que son, ya por el título, una misión y un compromiso. Esta tenía que ser la tarea primordial: «Ser luz de las gentes» anunciando la «alegría y la esperanza».

Las actitudes para hacer realidad esto son la escucha, el diálogo y el servicio. Si las actitudes son las contrarias, es decir, oídos tapados, imposición y poder, nunca llegaremos a ninguna parte. No estamos en un mundo sin religión, sino en un mundo que ha entrado en otros caminos espirituales y que hay que explorar sin miedo, con métodos, técnicas y formas pastorales nuevas. ¿Iglesia de referencia? De nosotros depende.

El sentido humano de la sinodalidad

El cristianismo no debió convertirse nunca en una religión⁶ en el sentido de separar a una parte, mínima, de los demás, los sacerdotes –el clero–, aun-

que con influencia, mucha influencia, sobre el resto. En realidad, Jesús nos dejó una forma de vida que es mucho más comprometida, aunque de manera menos rígida que una religión.

Jesús llevó a cabo su misión en la vida cotidiana, en la realidad de cada día y alejado del templo, donde solo se acerca para protagonizar el único enfado monumental que tiene en todo el Evangelio: un episodio ligado al abuso de poder y que tuvo como consecuencia la expulsión de los mercaderes (Mt 21,12-17; Mc 11,15-18; Lc 19,45; Jn 2,13.25). Él dijo que venía para que tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia (Jn 10,10). Más todavía: dijo que él era la Vida (Jn 14,6) y que había venido para comunicarnos esa Vida.

Él, que era el «Verbo hecho carne» (Jn 1,14), es decir, Dios hecho carne y que en esa carne asumió toda realidad humana, toda condición humana, toda

diversidad humana, era también plenamente humano y vino para entregarnos esa humanidad y esa forma concreta de ser humanos: la humanidad fraterna del Hijo único de Dios para que también nosotros podamos vivir en la fraternidad de ser y sabernos hijas e hijos de Dios, y ser, así, plenamente humanos.

El Sínodo de la sinodalidad, que, recordemos, significa «caminar juntos», nos ha mostrado lo importante que es escucharnos dejando los prejuicios a un lado; por eso, si desde ya no somos capaces de incorporar a la práctica de nuestra vida eclesial la presencia y las voces de quienes durante siglos y siglos han estado en los márgenes, las periferias y hasta la frontera de la Iglesia, ¿de qué sinodalidad hablaremos?, ¿qué habremos aprendido?, ¿cómo sentirnos hermanos y hermanas, y vivir la fraternidad?, ¿cómo ser prójimos de los otros?

¡TODOS, TODOS, TODOS!

En la JMJ de Lisboa, en agosto de 2023, Francisco insistió en que en la Iglesia caben «¡todos, todos, todos!». No dejaba de ser otra forma más de insistir en que nadie debe estar –y menos permanecer– en los márgenes, las periferias o, incluso, las fronteras. Esos espacios fríos que muestran un comportamiento nada fraterno existen porque nosotros los hemos creado o, cuanto menos, permitido que existieran, y ahora toca preguntarse: ¿Quién habita en cada una de esas realidades?

En los márgenes, sobre todo, viven los jóvenes, ávidos de compartir sus sueños y esperanzas, frustraciones y desilusiones, que tienen miedo a una vida que intuyen solitaria y que optan por la muerte (la realidad de los suicidios entre los jóvenes no se puede ocultar más) porque les da menos miedo que la vida; también los migrantes, muchas veces llegados a nuestras ciudades desde muy lejos, pero algunas veces desde nuestro propio país; los literalmente pobres económicos, que no pueden llegar a fin de mes; las mujeres –pese a los avances, seguimos en el margen de la Iglesia y, en muchas ocasiones y

países en el margen de la vida–; las comunidades LGTBIQ+ –que nadie crea que las bendiciones los hace estar plenamente admitidos–; los divorciados que han iniciado una nueva vida en pareja –tampoco ellos, siendo bendecidos, son admitidos sin problemas–; sacerdotes secularizados a los que se ha hecho vivir como si fueran apestados; teólogos y teólogas señalados por sus reflexiones...

Las periferias son habitadas por algunos de los anteriores que se ven todavía más desplazados del centro, a los que se suman los pobres espirituales que, curiosamente, siendo una catego-

ría bíblica y teológica, no son bienvenidos. humildes con voz profética que denuncian insistentemente, sin mucho alboroto, con un mensaje que llega con pocas palabras y, por lo general, apuntando hacia la dirección correcta y aportando alguna solución.

También andan por aquí los que se mueven por los alrededores de la Iglesia (como en su día hicieron Simone Weil o Gandhi) y que no se acercan más porque ven mucha incoherencia entre lo que decimos y lo que hacemos los cristianos.

Y, por último, los que no se han reconciliado después de vivencias de mucho dolor porque no han encontrado lugares de acogida ni personas con capacidad para escuchar sin convertir el momento en un interrogatorio o en un juicio, y que, además, no han creído su relato. Junto a ellos, también están los que se acaban de ir y saltan directamente a la periferia buscando el lugar más lejano como espacio seguro.

Después del margen y la periferia, aparece la frontera, que es ese territorio casi inexplorado, compuesto en su mayoría por intelectuales que, en buena parte, son creyentes que necesitan un lenguaje diferente. Curiosamente, algunos de ellos son creyentes que, en el fondo, no saben que creen porque no han encontrado al interlocutor adecuado.

Ese «¡todos, todos, todos!» de Francisco —que no es más que la expresión resumida de la acogida de Jesús a cuantos se le acercaban— rápidamente, allí mismo en Lisboa, encontró matizaciones perversas como estas: «La Iglesia es de todos, pero no para todos», «en la Iglesia no todo vale», «todos, todos, todos, pero todos convertidos

previamente». Son perversas porque, en realidad, se estaba acotando la acogida de Jesús.

¿Cuántas veces exigió Jesús un certificado de pureza para que alguien se acercara a él? ¿Cuántas veces rechazó Jesús a alguien que se acercaba a él? Las preguntas que aparecen en el Génesis —«Adán, ¿dónde estás?» (Gn 3,9), «Caín, ¿qué has hecho con tu hermano?» (Gn 4,9)— siguen resonando hoy, pues son esas mismas preguntas las que Dios nos sigue formulando. «Adán, ¿dónde estás?» hoy podría ser «Humanidad, ¿dónde estás?». Y la vergüenza de la desnudez frente a la situación de los otros nos hace escondernos, porque los otros son el espejo de mi ser, de cómo soy yo frente a sus necesidades, pobreza y maltratos. La vergüenza sentida por la desnudez en el Génesis se ha transformado en una *sinvergüenza* que desnuda de manera continuada a las víctimas. Adán —que somos cada miembro de la humanidad—, que fue quien dio nombre a todas las criaturas, está obligado hoy a dar nombre a toda la *descreación* que su ceguera está llevando a cabo.

Al cielo se llega cuando se llega a la tierra, cuando conseguimos llegar hasta los demás descalzos, sin barreras, desnudos y sin vergüenza. Ahí estará el paraíso de verdad.

Cristo se va a transformar —aunque siempre debió serlo— en la clave de lectura de las relaciones de Dios con nosotros y en el desafío de las relaciones entre nosotros, que es lo que posibilita la relación con Dios. Nadie puede pretender tener una relación con Dios si no tiene una relación con los otros. Una relación de corazón, de intimidad, de empatía, de ser con y para los otros.

No obstante, me temo que el «¡todos, todos, todos!» está un poco lejos de ser una realidad, por parte de algunos. Tenemos que aprender a tener un corazón capaz de latir al ritmo del corazón de Dios. Un corazón apasionado y no solitario. Un corazón casado con la vida, con el mundo y con ¡todos, todos, todos!

Hoy, ¿hay excluidos en la Iglesia?

Sí. Puede sonar a paradoja, pero esa realidad existe. Dentro de la propia Iglesia hay personas excluidas y, lo que es peor, que viven en la más absoluta soledad. Contrariamente a lo que siempre se dice, para algunas personas la comunidad no es el lugar de acogida, de encuentro, de cuidado. Es más bien el lugar donde menos seguridad encuentran, donde la crítica se convierte en más mordaz, donde el insulto o la indiferencia son lo habitual. Por supuesto que no todos los excluidos están sistemáticamente en el margen, la periferia o la frontera.

Dentro de la Iglesia hay personas excluidas por su forma de pensar, por la forma de vivir su espiritualidad, por su posicionamiento ante ciertas realidades pastorales, morales... Uniendo todo esto, obtenemos el perfil de personas que nos ponen en «modo cuestionamiento». Son personas que están sometidas a un grado de indiferencia tremendo, cuando no a una gran hostilidad. Tienen visibilidad porque hoy las redes sociales –bien tratadas– nos dan muchas posibilidades, pero no deja de haber una indiferencia institucional que es una forma de silenciarlas, porque todavía falta –nos falta– bastante

autonomía (por lo menos a algunas personas) para hacer opciones personales que muestren y nos demuestren que somos adultos en la fe. ¿Cómo decir que somos Iglesia si no estamos todos? ¿Acaso el pueblo de Dios somos «los de siempre»? Y, en este caso, ¿quiénes son, somos, los de siempre?

No podemos caer en el error de convertirnos en «los de arriba de los excluidos», es decir, en ser nosotros quienes hablemos e interpretemos lo que ellos tengan que decirnos, porque entre otras cosas lo bueno de este Sínodo y de la sinodalidad es que hay una pregunta que lo envuelve todo y que no está formulada explícitamente: Iglesia, ¿qué estás dispuesta a escuchar de ti misma?

Nosotros tenemos que ser cauce, vía para que la voz, el sentir y las propuestas de quienes están marginados (en buena medida por nuestras actitudes) tengan la posibilidad real de seguir hablando en nuestra Iglesia. Y hay que reconocer que esto debe ser solo el principio, porque lo deseable es que sus voces se escuchen directamente. Se ha demostrado en la fase diocesana que la voz de esos que tan alegremente llamamos «alejados» ha hecho aportaciones valiosísimas porque su aparente distancia les permite ver con más claridad y sin ningún rencor.

Por tanto, desde el Sínodo, y al referirnos a los excluidos, más que cuestionarnos qué podemos decir deberíamos preguntarnos qué podemos aprender, cómo cambiar nuestras actitudes, cómo aprender a escuchar y, sobre todo, cómo aprender a ser más humildes y evangélicos en nuestra vida cotidiana eclesial y no eclesial. El gran cambio llegará gracias a los pequeños

y personales cambios cotidianos que fomentarán cambios comunitarios.

Efectividad y eficacia con amor

Efectividad y eficacia no pasan a ser parámetros válidos si no van articulados por el amor. No se trata de buscar fórmulas empresariales para ser efectivos y alcanzar nichos de mercado –pastorales para nosotros– que ahora no tocamos ni de lejos (aunque algunas prácticas empresariales nos podrían servir perfectamente). Se trata de hacer realidad la forma de vida de Jesús de Nazaret que, como he dicho anteriormente y dije también en la meditación de apertura del Sínodo,⁷ no nos dejó una estructura de Iglesia diseñada, sino una forma de vida. Las soluciones deberán venir de un proceso de conversión muy fuerte, diría que radical, porque solo así seremos capaces de reflexionar con la mente y con el corazón.

En el año 2022, participé en el Congreso Hipona de los Agustinos. En él, invitaron a un matrimonio de los que llamamos *sin techo* a compartir el tiempo con nosotros y a participar activamente. En un momento de su intervención, María Dolores, que así se llama ella, dijo literalmente: «En la Iglesia hay muchas personas que nos ayudan, pero no nos quieren». Escuchar esto directamente de una mujer sin techo no es lo mismo que escuchárselo contar a otra persona, porque si lo cuenta un tercero se guarda en la memoria; si lo cuenta alguien en primera persona, alguien que lo vive, se graba en la memoria del corazón. Y eso permanece para siempre.

Porque ser pobre no es no tener. No tener es miseria y en ese estado viven muchas personas. Ser pobre es poner a disposición de todos lo que se tiene. Hacer eso nos convierte en solidarios, en hermanos de estado de vida. María Dolores puso a disposición de todos, todo lo que tenía: su experiencia, su sentir, su vida.

Todos somos Iglesia, todos somos iguales en la Iglesia en virtud del bautismo recibido. También, quienes ahora nos miran desde los límites creados por nosotros. Es responsabilidad nuestra poner a trabajar la vocación personal que cada uno recibió en su bautismo, porque la tenemos al servicio de todos y, especialmente, al servicio de quienes empujamos alegre y rígidamente fuera de la Iglesia.

Solo desde ahí seremos capaces no de dar soluciones precisas, sino de hacernos las preguntas necesarias para reflexionar sobre la actitud mantenida hasta ahora con los excluidos y decidir si debe o no cambiar. Personalmente, apuesto por el cambio y un cambio que vaya preñado de cariño, de afecto, de amor. En definitiva, sumar efectividad y amor.

La Mesa de todos

Porque todos somos invitados. Resulta curioso, tristemente curioso, la cantidad de leyes y normas que hemos elaborado para crear el perfil adecuado para acercarse a participar a la Mesa, a la que todos somos invitados, porque su único Señor es Jesucristo.

En el relato de la fiesta de la Pascua que Jesús celebró con todos quienes le acompañaban –aunque los evangelios

solo hablen de los Doce— y que nosotros hemos convertido en la Última Cena, vemos que lo nuclear de la celebración no está centrado en el cuerpo y la sangre. Lo más importante es que quien va a entregar su carne y su sangre se abaja una vez más para mostrar que su lógica es la del servicio y no la del poder.

Cuando Jesús resucita, el abajamiento sigue presente. No hay nada espectacular en la forma en la que algunas personas lo perciben resucitado. La resurrección es silenciosa. El caso de Emaús es paradigmático. Jesús camina con ellos —caminan juntos— y la pregunta que plantea es una pregunta por la persona, por cómo se encuentran ellos, qué les pasa: «¿Por qué estáis tristes?» (Lc 24,13-35).

Nuestra aproximación a la experiencia que está viviendo alguien no puede ser la de quien lo sabe todo, sino que debe ser como la de quien acompaña a otro en su situación, porque, la mayoría de las veces, suele ser la mejor muestra de compasión y una de las mayores muestras de amor. Eso es lo que hace Jesús: acompañó a estos dos pobres y tristes caminantes que habían perdido toda esperanza, y ellos experimentan el amor al sentir que —alguien— los acompaña en su tristeza, y es en esa compañía donde descubren al resucitado. ¿Es Emaús la primera eucaristía de la historia de la humanidad? Si recordamos el significado de *eucaristía* —«acción de gracias»—, indudablemente es la primera eucaristía. Una pequeñísima comunidad que termina celebrando porque se había encontrado, no porque haya una decisión previa de juntarse para celebrar. Descubren al resucitado al partir el pan, porque pre-

viamente lo habían acogido en el camino. A Jesús resucitado, dueño de la Mesa, solo se le descubre en la misión, y la misión es movimiento y entrega. La misión, tan importante siempre y más en el proceso sinodal, es donde se descubre realmente al resucitado y los ministerios necesarios para seguir expandiendo su mensaje.

La misión tiene muchos escenarios y cada uno necesita una aproximación especial. La misión pasa por Jericó y el hombre herido al que los funcionarios de lo religioso dejan de lado para no contaminarse. También pasa por las tentaciones que todos y cada uno de nosotros viviremos en algún momento de nuestra vida. Aquellos de nosotros que descubrimos nuestra misión también necesitaremos, en algún momento, que alguien nos acompañe y dejarnos acompañar.

La Mesa es para todos. El único que podría crear normas y leyes para que alguien se acercara a ella es Jesús, su dueño. Y no lo hizo. Y no lo hace. Y no lo hará.

Entre habitantes de Samaria anda nuestro futuro

Francisco nos habla con mucha frecuencia de la Iglesia samaritana y, algunas veces, creo que diluimos esa imagen y nos perdemos en la parábola. Hoy, los heridos en el camino son muchos. Los márgenes del camino, las periferias de la vida y las fronteras de la experiencia vital son espacios poblados de seres heridos, hambrientos de cuidado, de escucha y, sobre todo, de amor, que reclaman nuestra atención y a quienes hemos intentado callar con

una palabra, una respuesta cerrada y única sin ser conscientes de que, aún en la misma situación, cada ser humano es un mundo al que hay que escuchar, atender y amar de forma única, personal.

La parábola de El buen samaritano (Lc 10, 25-37)

Esta parábola nos aporta algunas cuestiones para considerar:

a) *Considerar el desafío de la narración.* Cuando alguien se acerca a Jesús, en muchas ocasiones responde contando, narrando una historia que le da a la persona que pregunta la posibilidad de pensar por sí misma, de elegir cómo afrontar su vida. No podemos olvidar que quiere que seamos libres –como su Padre Dios nos creó– y capaces de pensar y obrar por nuestros propios medios.

Hay veces que, de tanto escuchar el Evangelio, nos volvemos un poco insensibles a lo que dice, a los detalles. Por ejemplo, las parábolas de Jesús no suelen ser relatos religiosos; puede haber personajes que sí lo sean, pero más bien hablan de actitudes, de gestos humanos y de situaciones de lo más habituales. Tampoco sabemos cómo acaban las parábolas de Jesús. No sabemos si el hijo mayor entró o no en la fiesta y ni si llegó a entender que todo había sido siempre tan suyo como de su hermano: o qué hizo el posadero con el encargo del samaritano de cuidar al herido. Tampoco sabemos si quien las escucha las lleva a la práctica o no.

En *El buen samaritano* la clave parece estar en «¿quién es mi prójimo?»; sin embargo, Jesús responde más bien a «¿cómo te haces tú prójimo?». Por-

que esa es la pregunta final de Jesús: «¿Quién de los tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?».

En este momento, la sinodalidad nos aporta la posibilidad de ser y hacer. Ser prójimo es algo optativo, no estamos obligados. Jesús no obliga como los diez mandamientos; Jesús presenta un programa en las *Bienaventuranzas*, que leemos en el capítulo cinco de Mateo y en el capítulo seis de Lucas. Si vives así, según ese plan de vida, serás feliz; si no, puede que también lo seas, pero así serás más feliz. En todo caso la decisión es de quien escucha las parábolas, las propuestas de Jesús. Si no lo hacemos, si no somos prójimos, nos perderemos una buena oportunidad de experimentar en propia piel la forma de vida que nos enseña Jesús. Pero si lo hacemos, la experiencia va a ser única y, todavía hoy, a contracorriente, porque va a ser ponernos en la piel de muchas personas que pasan por experiencias, no buenas, que tal vez nosotros no vivamos nunca.

b) *Situarnos ante la misericordia.* En el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española se define la *misericordia* como esa «virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los sufrimientos y miserias ajenas». Y se establecen como sinónimos: compasión, piedad, comprensión, benevolencia, bondad, lástima... entre otras.

El samaritano, que no se considera a sí mismo bueno, nos muestra que ser prójimo es convertirse en impuro, que es lo mismo que hacía Jesús cuando tocaba a quien se le acercaba. Por lo tanto, ser prójimo nos convierte en «misericordiosos impuros», aunque

unos «misericordiosos impuros» que cuidan y, por lo tanto, integran, porque cuidar lleva a integrar. Así que, si la misericordia nos convierte en impuros, significa que nos sitúa ante nuestra fragilidad. Jesús no temió abrazar su fragilidad, hecho que queda clarísimo al final de su vida.

c) *Entrenar la mirada*. El samaritano ve. Dice el texto: «Al llegar junto a él y verlo sintió lástima». La mirada profunda es la que no juzga, es la que sitúa los contextos a nivel más profundo. La forma de mirar tiene consecuencias.

Mirar y ver no son lo mismo. Todos vieron: el sacerdote, el levita y el samaritano, pero este último, además de ver, miró con compasión. Entrenar la mirada es ver y mirar. Y es necesario entrenar la mirada porque la realidad es más compleja que la visión dual que tenemos: blanco/negro, cuerpo/alma, sagrado/profano. La complejidad y la ambivalencia no caben en la dualidad en la que nos movemos. Por eso, este proceso sinodal es una gran oportunidad para ampliar la tienda (Is 54,2) y la mirada... Cuando miramos ciertas realidades con las que nos topamos o nos rodean, esa forma de ver tan concreta y consciente conmueve nuestras entrañas.

Todos tenemos la experiencia de sentir cómo nuestras entrañas se conmueven cuando recibimos una mala noticia o cuando vemos sufrir a alguien cercano. Curiosamente, hablamos de las entrañas de misericordia de Dios y lo relacionada que está esa misericordia con la fragilidad que citaba antes.

Fijémonos en una cosa. Nuestro cerebro está superprotegido por el duro cráneo. Los pulmones y el corazón

tienen la protección de las costillas. Sin embargo, las entrañas no tienen protección y es ahí donde habita la misericordia, en lo más desprotegido, en lo más frágil. Tenemos un Dios que «hace de tripas corazón» y nos enseña a hacer lo mismo.

d) *Fuertes en la fragilidad*. Hay una realidad que es evidente, pero que a muchas personas –por extraño que parezca– les sorprende que todas las personas a las que Jesús curó terminaron por morir. Eso pasaba porque la cura de Jesús era biográfica, no biológica. Optar libremente por la misericordia, convertirnos en «misericordiosos impuros», saber que entramos en la fragilidad, nos hace mucho más fuertes; aunque me atrevería a decir que, además de fuertes, la fragilidad nos hace más valiosos.

Cuando hemos experimentado la fragilidad y, con ayuda, nuestra persona se ha recompuesto, restaurado, curado en definitiva, nos pasa lo mismo que a esas piezas japonesas de porcelana, tan frágiles como caras, que, cuando se rompen, las recomponen con la técnica llamada *kintsugi*, que consiste en reconstruir la pieza con oro. Pero, aun conservando visibles las cicatrices, al estar reparadas con oro, la pieza resulta ser mucho más valiosa que antes de romperse.

Experimentar la fragilidad nos da más valor porque nos permite ver que no somos mejores que nadie, que no estamos libres de vivir ni de padecer lo mismo que otras personas. Por lo tanto, la sinodalidad desde *El buen samaritano* nos enseña que no podemos ser prójimos «asépticos», que ser prójimos tiene consecuencias para nuestra vida –para nosotros–, pues podemos

rompernos, pero la fragilidad nos hace más fuertes y valiosos.

Sin embargo, también debemos preguntarnos: ¿Qué aportamos nosotros? Hay que tener siempre presente que la persona más fácil de defraudar es uno mismo. Hay que tener mucho cuidado con los desfondamientos. Tener muy claro el presente no significa que vayamos a conseguirlo todo ya. El proceso de descubrir, de encajar, de aportar lleva su tiempo. Aquí, el cuidado debe tomarse como cuidado de prestar atención para con nosotros mismos porque afectará al cuidado con y para los otros.

Y si todo esto es parte de lo que nos aporta la sinodalidad desde la parábola de un hombre que no pasó de largo es porque quiere entrenarnos y llevarnos al desafío.

El encuentro de Jesús con la samaritana (Jn 4,5-42)

Este encuentro entre Jesús y esta habitante de Samaria también señala nuestro futuro: es una manifestación de la humanidad, de la fragilidad de Jesús. Estamos asistiendo a una manifestación de lo más sencilla y, a la vez, contundente, que expresa en tres palabras: «Dame de beber». Su divinidad no necesitará mucha más presentación y será dicha en dos palabras: «Yo soy».

Superada en algunas homilias, aunque no del todo, la sucesión de maridos que no resultaron tales, vamos a olvidarnos de lo que casi siempre hablamos o escuchamos de este texto para ver el desafío que nos lanza en nuestro aprendizaje sinodal. Sin dejar de reconocer la belleza y hondura del encuentro y del diálogo, nuestra atención, cu-

riosamente, no va a estar centrada en ningún protagonismo de Jesús. Quien nos va a indicar el desafío para la sinodalidad va a ser ella, la samaritana, de nuevo una mujer sin nombre.

La samaritana regresa al pueblo, pero no como ha salido de él. El amor de Jesús por esta mujer sin nombre la libera, la hace sentirse persona y mujer. Se convierte en la primera evangelizadora, la primera predicadora, pero nunca volvemos a saber de ella. Podía haberse convertido en una «estrella» en su pueblo y decir y contar hasta ser el punto central de la predicación. Podía haberse convertido en el centro de la noticia que llevó al pueblo, pero no, desaparece. Ella se quita de en medio, abre camino, indica la dirección para que, si quieren saber más sobre quien le ha contado todo lo que ha hecho, sean ellos mismos quienes vayan a hablar con Él, a encontrarse con Él. Dicho en un lenguaje más de hoy: la samaritana no se sacraliza. La samaritana lanza el desafío de resituarnos a todos, pero especialmente de resituar la figura del sacerdote en la Iglesia sinodal.

Dijo T. Radcliff en la Asamblea sinodal de octubre de 2023 que «una Iglesia sinodal será aquella en la que nos formemos para un amor sin posesiones: un amor que ni huye de la otra persona ni se apodera de ella; un amor que no es ni abusivo ni frío».⁸

Ya no vale la Iglesia de las etiquetas abstractas. Todo eso que se ha catalogado, etiquetado así, en realidad son personas con nombre que, en su mayoría, esperan una conversación tranquila, personal como la de Jesús con la samaritana. Esas personas esperan acercarse a una comunidad porque casi siempre se han encontrado ya con

ese que dice «dame de beber» que se llama «Yo soy». Desde este punto de encuentro, ¿por qué crear tantos inconvenientes? ¿Por qué no aprender a quitarnos de en medio y dejar que la persona que se nos acerca siga su conversación con Él?

Este texto evangélico nos desafía a una cultura del cuidado más que necesaria. Y Francisco hace muy bien cuando habla de «cultura de» porque es necesario crear una forma de vida sana en la Iglesia.

Importante para sacerdotes (y para todos)

La sinodalidad lo que nos está mostrando es la oportunidad de revisar nuestros comportamientos, nuestras carencias como comunidad, nuestros miedos, porque lo que nos aporta el proceso sinodal es el desafío de aprender una cultura del encuentro, de escucha activa (en el Espíritu), de desaprender para poder aprender, como decía Fernando Pessoa.

Esta cultura del cuidado que es común a todos es especialmente necesaria en los sacerdotes y en los futuros sacerdotes. Sinceramente creo que todos debemos contribuir a ese cambio.

En este momento, el proceso sinodal y la sinodalidad nos desafían a reconocer abiertamente que la vocación no es lo que uno quiere vivir, sino lo que uno no puede dejar de ser.⁹ Esto, que afecta a todas las vocaciones a las que las personas estamos llamadas en el bautismo, cobra especial relevancia en la formación de los futuros sacerdotes porque, de no formarlos con todas las herramientas necesarias para vivir

y desarrollar eso que «no pueden dejar de ser», acabarán viviendo en una frustración permanente entre el deseo de ser lo que no pueden dejar de ser y no saber cómo vivirlo en algunos momentos concretos de sus vidas. Y no podemos olvidar que lo más importante es siempre la persona, más que cualquier estructura o institución, e incluso ministerio.

Estamos asistiendo a espectáculos de lo más insultantes e hirientes por parte de algunos clérigos cuya identidad sacerdotal no anda precisamente afinada. Esa confundida identidad hace que una porción del pueblo de Dios sea manipulada a su antojo porque, en definitiva, lo que hacen es colocarse ellos en el centro, no a Jesucristo y su mensaje. También estamos asistiendo, por «no» extraño que parezca, al silencio de los obispos de sus diócesis, quienes con su silencio, lejos de ocuparse de ellos y de las situaciones que provocan, les dan un aire que algún día será irrespirable.

El ser humano es el único ser vivo capaz de elaborar un pensamiento reflexivo –tener consciencia de sí mismo–, pero también es capaz de ir más allá de sus límites y de pretender sustituir a Dios. Esto, en una sociedad e Iglesia tan polarizadas, es jugar a ser más dios que Dios.

La persona es prioritaria –y los sacerdotes son personas antes que nada– porque, si la persona no está bien, nada a su alrededor estará bien, afectará a todo cuando haga; y no podemos olvidar que todos los bautizados, pero todavía más los sacerdotes, están llamados a proclamar noticias liberadoras y no conjuntos de reglas y prohibiciones.¹⁰ Y, si quien proclama no está

bien, la Palabra terminará siendo tergiversada; y, tergiversada ¿qué sentido tiene?

En la formación inicial de los futuros sacerdotes y en la formación permanente de después, se intenta que el hombre interior sea capaz de actuar uniendo profundidad, autonomía, comunión eclesial y conciencia moral. Es decir, necesita vida de oración, espiritualidad, mística, experiencia de Dios.

Durante toda su vida, se dice que el sacerdote debe seguir configurándose a Cristo siervo, Cristo pastor, Cristo sacerdote y Cristo cabeza. Cuando escucho y leo esto, me pregunto: ¿Y el Jesús hombre? ¿Dónde queda el Jesús hombre? Porque da la sensación de que la figura y el ser del sacerdote tiende a estar muy espiritualizada y señalada hacia lo cultural, corriendo el riesgo de terminar siendo funcionarios sacramentales y hombres de reuniones para tener más reuniones.

Sí, la sinodalidad nos está guiando –y desafiando porque, viendo los ataques a Francisco, esto es un verdadero desafío– a recuperar la centralidad de Cristo en la Iglesia; ese *Verbo hecho carne* (Jn 1,14) nos llama, más bien nos grita, a ocuparnos de la persona y, repito, los sacerdotes son personas, no una versión eclesial de *Superman*. Por lo que veo, y últimamente lo veo mucho, me da la sensación de que una vez ordenados están bastante solos en muchos aspectos. ¿Apoyarse unos a otros? Está muy bien, pero alguna vez necesitaréis un apoyo que la institución no os da. Cuidarnos todos, los unos a los otros, como comunidad es nuestro deber. Vosotros, sacerdotes, debéis aprender a dejaros cuidar. Será bueno aprender a hacerlo todos juntos.

Escuchar

Sin la más mínima duda, la sinodalidad nos desafía a aprender a ser Iglesia de otra manera y de nuevo todos juntos. Y eso pasa por aprender también a ser cristianos de otra manera y, por encima de todo, pasa por la escucha. Evidentemente por la escucha mutua, que se ha manifestado como un buen método –no el único ni perfecto– para conocernos y saber más unos de otros, de nuestras maneras de enfocar temas y asuntos, de ver nuestras realidades y, en muchos casos, de ponernos en la piel de los demás cuando comparten sus experiencias de vida y como esas experiencias de vida han influido en su fe y en su relación con la Iglesia. Pero también en la escucha, en pequeños grupos –como discípulos– de la Palabra porque ayudará a desarrollar y perfeccionar esa escucha mutua de los hermanos de la comunidad. Porque la verdad es que, cuando las personas se juntan en torno al Verbo, se sueltan palabras que están escondidas en nuestra vida y aprisionadas por mil historias. El ejercicio de acoger y escuchar que ayuda a sanarnos no está reñido ni en oposición con la convivencia comunitaria ni con la Palabra de Dios.

La escucha debe convertirse en un modo de estilo eclesial para que todos podamos tomar parte en los procesos de decisión. Este Sínodo nos habla de «comunión, misión y participación»; pues bien, un gran desafío misionario es afirmar la escucha como una manera de servir a la Palabra y, por tanto, a los hombres. Porque escuchar es una forma de evangelizar y tenemos ante nosotros el desafío de crear tiempos y espacios para el diálogo.

Transformar los púlpitos en espacio de diálogo y los confesionarios en espacio de acogida no es algo que solo os desafía a vosotros como sacerdotes, sino que debe tocar a todos los espacios de nuestros templos, todos los espacios parroquiales. Estamos ante el desafío de construir nuevas arquitecturas de relaciones. Eso significa que tenemos que conocernos. Sin miedo. Se nos presenta un gran desafío que es conocernos, estar juntos, decidir juntos y, además, que nadie destaque sobre nadie. Resumiendo, llegar a ser una Iglesia comunidad circular cuyo único centro sea Cristo.

Las personas más excluidas

La transformación pasa, evidentemente, por asemejarnos lo máximo posible a la forma de vida que nos dejó Jesús. Pero esa vida es sorprendente siempre y un hombre que acogía, consolaba, curaba, era ternura y compasión también tenía su genio cuando la ocasión lo requería.

La sinodalidad nos ayuda a repensar, y repensar cuando lo hacemos desde la fe nos llama a transformar y a transformarnos. A Jesús podían parecerle mal muchas situaciones injustas que veía cada día cuando las personas se acercaban a él con su sufrimiento. Sin embargo, enfadarse de forma vehemente como para no dejar dudas lo hace solo una vez: cuando arremete contra los mercaderes del templo (Jn 2,13-25).

Cuando en sinodalidad hablamos de repensar las estructuras, hablamos de transformación. Algunas habrá que abandonarlas, otras podrán recuperar la sino-

dalidad perdida, incluso habrá que crear nuevas, no para cargarnos con más, sino para que la sinodalidad funcione. En todo caso, no serán muchas porque ahora hay estructuras suficientes.

Cuando Jesús arremete contra los mercaderes, lo hace hacia la figura del último o de los últimos eslabones de una cadena de abuso de poder y de corrupción; esto es, el templo: animales que solamente se podían comprar allí, con las monedas allí acuñadas, y a saber qué cambios hacían. Un sistema abusivo.

Jesús no arremete contra el templo, sino contra el abuso que ejercen las personas que gestionan el templo. En definitiva, lo que venimos llamando últimamente «una estructura de abuso de poder» en nuestra Iglesia.

Si hemos llegado a la situación que tenemos –y hemos llegado todos por acción o por omisión–, no es para que ahora la solución venga solo por parte de algunos. Por eso creo sinceramente que repensar y transformar es algo que tenemos que hacer juntos, en comunidad, que es lo nuclear de la vida sinodal en la Iglesia.

La realidad de los abusos convierte a las víctimas en las personas más descartadas y marginadas en la Iglesia y por la Iglesia. Todos estamos en la posibilidad de ser víctimas y victimarios. Nadie se libra de esta realidad. Por eso digo que todos estamos implicados en el repensar y transformar. Y por eso voy a enunciar una serie de puntos comunes a todos los que tenemos conciencia de ser Iglesia, porque, como dice Francisco, o nos salvamos todos o nos hundimos todos.

La actitud que mantengamos con las víctimas de cualquier tipo de abu-

sos en la Iglesia, marcará en buena medida nuestro avance en la sinodalidad, porque, como decía San Cipriano en el siglo III, «lo que a todos afecta en la Iglesia, por todos debe ser decidido y aprobado». Y me pregunto: ¿acaso las víctimas, su sufrimiento y su dolor no nos afectan a todos?, ¿acaso creemos que la realidad de los abusos es solo cosa de otros?, ¿acaso seguimos creyendo, pese a las evidencias, que quienes denuncian haber sufrido abusos –repito que de cualquier tipo– lo hacen para atacar a la Iglesia?, ¿acaso todavía no nos hemos dado cuenta de que la erradicación de esta barbaridad y de estos delitos –porque son delitos– pasa por el compromiso de todos y que ese compromiso puede darse desde el lugar que cada uno tiene en la Iglesia?

Algunas cuestiones que debemos tener en cuenta para que todos juntos vayamos en la buena dirección de ayudar a las víctimas:

a) *Cambiar de actitud.* El progreso es imposible sin el cambio, y aquellos que no pueden cambiar su mente será muy difícil que ayuden a cambiar nada. Para nosotros, ese cambio de mentalidad va precedido de un deseo de conversión, que es cambiar el corazón, y de una conversión tan personal como comunitaria.

b) *Escuchar de otra forma.* La Iglesia tiene que escuchar a todos, incluidas las víctimas –y crearlas–, pero, con lo que estamos viendo, parece que esto cuesta. Y hay que hacerlo con una escucha activa, ¡con lo que implica creer a quien habla, que está contando algo que le ha costado décadas poder verbalizar!

c) *Romper inercias.* Ni la Iglesia es el centro de sí misma ni nuestra

vocación, la que sea, el centro de su existencia. El centro es una persona: Cristo. Desde ahí, hay que darle a la persona el valor que realmente tiene. Si la persona es una víctima, los cauces de escucha deben ser ambientes seguros y fiables para ella.

d) *Preguntarse personal y comunitariamente qué vida eclesial queremos:* ¿la que ve la vida como una montaña de problemas insuperables o la que ve cada amanecer como una insuperable montaña de oportunidades? Tenemos opciones. La cuestión es elegir el miedo que paraliza o la decisión de querer cambiar a mejor. El problema es que muchas veces queremos pasar de lo real a lo ideal. Ahí aparecen nuestras depresiones y nuestros desequilibrios. Es intentar un salto que nadie ha sido capaz de dar. La Iglesia, como institución, deberá tener un papel que abra el desafío, es decir, al final debe señalar de forma permanente el desafío.

La Iglesia debe ser un lugar para la profecía y la denuncia, pero, como estructura hecha por hombres, también tiene incoherencias y traiciones, pegada en muchas ocasiones al poder más que al servicio. Son fragilidades que están ahí y que emborronan su imagen. Por eso es importante mantener, ayudar, proteger y acompañar a quienes mantienen esas voces proféticas –dentro y fuera de la Iglesia–, y que no se quede el acompañamiento en voces susurrantes, sino en voces que acompañen en la acción.

La humanidad vive un drama de timidez que la lleva a verse incapaz. Estamos acostumbrados a mirarnos a nosotros mismos sin mirarnos por dentro y, así, es como dejamos de ver a los otros. Tenemos miedo de mirar hacia

dentro porque no nos gusta ver nuestros miedos –y menos enfrentarnos a ellos–. Donde están nuestros miedos, curiosamente está nuestro asustado corazón, y no podemos olvidar que el miedo paraliza y es lo contrario a la fe que vemos en la biblia.

No hablar de los problemas que tenemos no hace que desaparezcan. Ocultar a las víctimas, tampoco. Tenemos que dejar de creernos el ombligo de la Iglesia, es decir, de nosotros mismos, del mundo. Debemos hablar con valentía porque nuestro silencio será un retroceder. Nunca más el «porque siempre se ha hecho así» porque se ha cambiado muchas veces y sin miedo. Pese a su mala prensa, un ejemplo de cambio es el Concilio de Trento, que afrontó la realidad que se le presentó e hizo cambios oportunos. Fue un buen concilio pastoralista ¡del siglo XVI! Ahora estamos en el XXI.

e) *Ser o aparentar*. En la vida, o seguimos caminos o abrimos sendas. ¡Hay que volver a despertarse y recuperar esa creatividad perdida! No es un tópico, es una realidad que nos tenemos que creer. Podemos cambiar. Sin idolatrar a nadie (que luego vienen las decepciones: Marko Rupnik, Javier Garrido, Tony Anatrella...). Todos debemos ser para la Iglesia y en ella agentes de compromiso evangélico, de pastoral contextual en el aquí y en el ahora, en nuestra realidad vital. Parte del compromiso evangélico está en escuchar a las víctimas.

f) *Generosidad*. No tenemos que solucionarle la Iglesia a la próxima generación, pero sí mostrarle que es posible el cambio. Tenemos que recuperar la libertad de ser, porque desde esa libertad será posible hacer y actuar en

libertad. Y ese será el mejor testimonio para las próximas generaciones. Ellos tienen que abrir sus sendas y también recorrerán sus caminos. Lo único que tienen que ver es que es posible.

g) *Equidad*. No mires a los demás desde arriba ni desde abajo. Todos estamos a la misma altura. «El único momento en que un ser humano puede mirar a otro desde arriba es cuando lo ve caído y se inclina para ayudarle a levantarse».¹¹ Hay un aspecto de la vivencia de la sinodalidad que algunas veces se nos escapa, y es la compasión. Y hay que vivirla sin explicarla mucho, sobre todo con aquellos que son más resistentes al cambio, porque no escuchan y habrá que probar suerte con las imágenes.

h) *Aprender de los que no se alejan*. Resulta tremendamente impactante comprobar como la mayoría de las víctimas, después de los abusos y después de verse revictimizadas al no ser creídas, no abandonan la Iglesia. Son para nosotros una lección de vida, una lección de testimonio. Acercarnos a ellas nos convierte en prójimos más cercanos. Todos estamos en la misma vida y en la misma Iglesia, y todos, alejados de algún punto concreto. Borremos distancias. Si me lo permitís, en este punto en el que soy particularmente sensible, ya se ha dicho que este Sínodo no es un Sínodo para sacar documentos, sino para hacerlo vida. Esto es muy importante. Y no significa que no se vaya a hacer teología. Significa que la teología que emane de este Sínodo debe ser encarnada como toda buena teología, y muy enraizada en los márgenes de la Iglesia e incluso fuera de esos márgenes, y también de los marginados dentro de la Iglesia. De lo contrario, no

servirá de mucho porque seguiremos teniendo un horizonte muy limitado de lo que es ser «pueblo de Dios».

i) *Coherencia*. Si las religiones muestran la coherencia entre lo que dicen y lo que hacen en el trato a las mujeres, no es menos verdad que lo mismo pasa con las víctimas. No tomarse en serio a las víctimas ni la realidad de los abusos afecta a la misión, a la evangelización y a la imagen de Dios que queremos compartir. Porque no podemos olvidar que los abusos en la Iglesia pueden ser, y de hecho son,

muy inferiores en comparación con otras instituciones, pero tienen un matiz que los hacen únicos. En la Iglesia se abusa –en cualquier tipo de abuso– en nombre de Dios. Ahí está la diferencia por la que nosotros –cristianos y católicos– debemos tener una coherencia que no deje dudas en esta nauseabunda realidad.

He querido dejar un espacio especial y único para las víctimas. Se merecen que pensemos y actuemos como seguidores de quien fue la víctima por excelencia: Jesús de Nazaret.

LA PLAZA DE LA ESPERANZA

El clericalismo galopante que se viene sintiendo por parte de aquellos de los que se suele esperar cercanía y entrega es hoy una llamada de atención importante. Por eso, Francisco nos regala este encuentro, para hacer realidad todo lo vivido. Y, desde dicho encuentro, lanzarnos a un mundo que no sabe qué nos espera, pero que nos irá descubriendo.

En la Iglesia todos somos tierra sagrada y, así, debemos aceptarnos. Aceptarnos es reconocernos como tales, como tierra sagrada, con la misma dignidad y con los mismos derechos y deberes que nos concede el bautismo. Si todos somos tierra sagrada, ¿por qué hay personas que se sienten marginadas en el Iglesia? Nosotros, cristianos católicos, somos quienes en muchas ocasiones marginalizamos. Hay quien vive en uno márgenes y en unas periferias que no están dibujadas.

Llevamos tres años aprendiendo a caminar juntos y ¡no podemos abandonar la práctica ahora! En este momento es cuando vamos a tener que hacer realidad todo aquello que hemos ido vi-

viendo, compartiendo, soñando. Creer que todo ha terminado y que el Sínodo de la sinodalidad ya es historia de la Iglesia –y, por tanto, nuestra– sería más que un error.

Francisco, que piensa en todo y ha caminado a nuestro lado durante todo este tiempo, es consciente de que los corredores de fondo –y el Sínodo ha sido y seguirá siendo una carrera de fondo– no pueden parar de correr de repente, sino que necesitan un poco de espacio para parar. Por eso, para no frenar en seco, ha querido regalarnos un poco de espacio, para asentar lo que ha sido este tiempo; y nos ofrece la maravilla de la «Plaza de la Esperanza» en forma de Jubileo, para que sigamos

disfrutando de la reconstrucción de esa Iglesia que tan bien diseñó el Concilio Vaticano II, aunque pronto se fue difuminando para terminar irreconocible y, en muchas ocasiones, contraria al propio Concilio.

Hacia la plaza

La clave está en «ser con» para que el camino compartido sea ya encuentro. Vivimos en la dictadura de lo políticamente correcto, un camino que no deja lugar a lo diferente, a lo creativo, y que da lugar a todo tipo de boberías que conforman un modelo de comportamiento prácticamente único y, por lo tanto, pobre.

El camino hacia la plaza nos ha mostrado la riqueza de la diversidad de todo tipo, el colorido que eso aporta, y nos ha permitido descubrir que las opiniones son cerradas y las ideas son abiertas y están abiertas a otras, y así se crece. Durante este trayecto hacia la Plaza de la Esperanza, hemos descubierto que el Sínodo de la Sinodalidad puede ser –de hecho será– el gran testamento de Francisco.

Hemos descubierto que la sinodalidad, además de caminar juntos hacia Cristo– que es meta y camino–, es también una forma de gobierno eclesial ciertamente impactante, una forma de entender y hacer la pastoral, de estar en el mundo, en diálogo con todos, en el respeto a las diferencias y con la intención verdadera de no dejar a nadie fuera. Escuchar a los de dentro y a los de fuera, como dice Francisco. Vernos, estar y hacer juntos, marginados, pobres llenos de nada; todos rebosando esperanza.

En la Plaza de la Esperanza

Reunirnos en la Plaza de la Esperanza no es reunirnos solo los cristianos católicos. Es abrir el espacio para todos, porque también eso lo hemos descubierto en el camino precedente.

Algunas personas se preguntarán cómo tender un puente entre quienes nos vamos a encontrar en esta plaza. No será complicado. Por ejemplo, *Fratelli tutti*, que no es un texto confesional, está dirigido a todos. Con este texto, la comunión eclesial, que ya no tendrá que ser pura uniformidad, puede pasar a ser la común-unió que necesita la sociedad. Una sociedad que tiene los mismos problemas en todas las partes del mundo, y las mismas ansias de esperanza.

Laudato Si' y *Laudato Deum* son un marco de referencia del grito de la tierra y de la humanidad oprimida. No son ecología «verde», son ecología humana que también nos afecta a todos. Las limitaciones autoimpuestas, bien asentadas con la formación-deformación recibida, nos hacen vivir marcados por la geografía del pecado, cuyo límite está marcado al norte por el ombligo y por las rodillas al sur. Y no nos damos cuenta de que todo pecado se comete del cuello para arriba.

También en la Plaza de la Esperanza podremos ayudarnos todos a superar esas limitaciones que nos liberarán de mucho lastre sin sentido. Defender la vida es tarea de todos y, entre todos, en ese encuentro esperanzado, podremos aunar esfuerzos para conseguirlo. Creyentes, no creyentes, personas sin religión...

Llega el tiempo de la posibilidad de comenzar a dar forma al sueño conci-

liar del Vaticano II. La generación que protagonizó ese concilio está en sus últimos días. Si perdemos su memoria, perderemos realmente nuestra memoria y podremos repetir los errores cometidos. ¿Cuántas experiencias religiosas no continúan con la marca de la arrogancia y prepotencia que las hace decidir quiénes son dignos de amor y quiénes dignos de condenación?

Por eso, encontramos en la Plaza de la Esperanza nos permitirá afrontar el futuro juntos, en igualdad de condiciones y seguir reafirmando que la diversidad cultural es parte de la riqueza de la humanidad, porque todas las manifestaciones culturales y religiosas humanas son portadoras de verdad. Todas las tradiciones espirituales son fragmentos de verdad y de disposición amorosa de Dios en su autorrevelación. La diversidad se vuelve un lugar de encuentro a partir del cual se anuncia a Dios y Dios se anuncia. La hospitalidad es un valor espiritual y una bendición. Recibir a otros es recibir a Dios.

Indicaciones para llegar a la plaza

Hay dos señales que, a modo de brújula, nos guían hacia nuestro encuentro en la Plaza de la Esperanza.

La primera es el año dedicado al Concilio Vaticano II. Durante todo el año 2023, tuvimos la oportunidad de prepararnos. Las comunidades cristianas de todo el mundo han propuesto itinerarios y momentos de reflexión sobre las cuatro constituciones conciliares: *Dei Verbum*, *Sacrosanctum Concilium*, *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*.¹²

La segunda es el año dedicado a la oración. En la carta al cardenal Fisi-

chella antes citada, dice el papa Francisco: «Me alegra pensar que el año 2024, que precede al acontecimiento del Jubileo, pueda dedicarse a una gran “sinfonía” de oración; ante todo, para recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor, de escucharlo y adorarlo». Por lo tanto, en preparación para el Jubileo, las Diócesis están invitadas a «promover la centralidad de la oración individual y comunitaria».

Ambas son importantes señales que nos indican que el Jubileo está íntimamente ligado con el Sinodo de la sinodalidad, que es un proceso espiritual de gran hondura.

Desde la Plaza de la Esperanza

En la carta que el papa Francisco escribe al cardenal Fisichella, encargado de la preparación del Jubileo, dice:

Debemos mantener encendida la llama de la esperanza que nos ha sido dada, y hacer todo lo posible para que cada uno recupere la fuerza y la certeza de mirar al futuro con mente abierta, corazón confiado y amplitud de miras. El próximo Jubileo puede ayudar mucho a restablecer un clima de esperanza y confianza, como signo de un nuevo renacimiento que todos percibimos como urgente. Por esa razón elegí el lema *Peregrinos de la Esperanza*. Todo esto será posible si somos capaces de recuperar el sentido de la fraternidad universal, si no cerramos los ojos ante la tragedia de la pobreza galopante que impide a millones de hombres, mujeres, jóvenes y niños vivir de manera humanamente digna. Pienso especialmente en los numerosos refugiados que se ven

obligados a abandonar sus tierras. Ojalá que las voces de los pobres sean escuchadas en este tiempo de preparación al Jubileo que, según el mandato bíblico, devuelve a cada uno el acceso a los frutos de la tierra: «Podrán comer todo lo que la tierra produzca durante su descanso, tú, tu esclavo, tu esclava y tu jornalero, así como el huésped que resida contigo; y también el ganado y los animales que estén en la tierra, podrán comer todos sus productos» (Lv 25,6-7). Por lo tanto, la dimensión espiritual del Jubileo, que nos invita a la conversión, debe unirse a estos aspectos fundamentales de la vida social, para formar un conjunto coherente. Sintiéndonos todos peregrinos en la tierra en la que el Señor nos ha puesto para que la cultivemos y la cuidemos (cf. Gn 2,15), no descuidemos, a lo largo del camino, la contemplación de la belleza de la creación y el cuidado de nuestra casa común. Espero que el próximo Año Jubilar se celebre y se viva también con esta intención. De hecho, un número cada vez mayor de personas, incluidos muchos jóvenes y adolescentes, reconocen que el cuidado de la creación es expresión esencial de la fe en Dios y de la obediencia a su voluntad.¹³

Desde esta plaza deberemos salir al mundo más unidos, más capaces de afrontar los desafíos bajo la forma de vida de Jesús de Nazaret. Para Jesús, la verdad era el amor; fuera del amor no hay verdad. El amor es siempre liberador. Si nos dejamos guiar, veremos que Dios no es estático ni manipulador de destinos.

Considerando la tradición bíblica y en la trayectoria de Jesús de Nazaret, la experiencia de los oprimidos es la

manera más segura de captar el movimiento de Dios en la historia.

Existencialmente, también el Jubileo de la Esperanza nos puede ayudar a pensar que el ser humano está en permanente movimiento de cambio en busca de la plenitud de vida, de la mejor expresión de su creatividad, de su ser más real e íntimo.

En la Solemnidad de la Epifanía del Señor del año 2022, dijo Francisco:

¿Dónde nace esta sana inquietud que los ha llevado a peregrinar? Nace del deseo. Este es su secreto interior: saber desear. Meditemos esto. Desear significa mantener vivo el fuego que arde dentro de nosotros y que nos impulsa a buscar más allá de lo inmediato, más allá de lo visible. Desear es acoger la vida como un misterio que nos supera, como una hendidura siempre abierta que invita a mirar más allá, porque la vida no está «toda aquí», está también «más allá». Es como una tela blanca que necesita recibir color. [...] Porque son los deseos los que ensanchan nuestra mirada e impulsan la vida a ir más allá: más allá de las barreras de la rutina, más allá de una vida embotada en el consumo, más allá de una fe repetitiva y cansada, más allá del miedo de arriesgarnos, de comprometernos por los demás y por el bien. «Ésta es nuestra vida “decía san Agustín”: ejercitarnos mediante el deseo» (Tratados sobre la primera carta de san Juan, IV, 6). [...] Y al ir así, día tras día, tendremos la certeza, como los magos, de que incluso en las noches más oscuras brilla una estrella. Es la estrella del Señor, que viene a hacerse cargo de nuestra frágil humanidad. Caminemos a su encuentro. No le demos a la apatía y a la resignación el poder de clavar-

nos en la tristeza de una vida mediocre. Abracemos la inquietud del Espíritu, tengamos corazones inquietos. El mundo espera de los creyentes un impulso renovado hacia el Cielo. Como los magos, alcemos la cabeza, escuchemos el deseo del corazón, sigamos la estrella que Dios hace resplandecer sobre nosotros. Y como buscadores inquietos, permanezcamos abiertos a las sorpresas de Dios. Hermanos y hermanas, soñemos, busquemos, adoremos.¹⁴

Habrá que hacer cambios en lo hon-
do de nuestro ser personal y comunita-

rio. Habrá que mudar formas, lenguajes, símbolos, formas de mirar. Habrá que cambiar por amor a los hombres y a la Iglesia. Habrá que cambiar porque en este momento se nos pide permanecer cambiando. Solo eso.

Expreso un deseo para terminar. Ayúdanos, Señor, a aprender a ser una Iglesia de gente en un mundo de gente, con gente, para gente. Con todos sin excepción alguna. Ojalá en nuestra confesión de fe pudiésemos decir: «Creo en una Iglesia santa, católica, apostólica, y para todos, todos, todos. Amén».

- 1 Agradezco a Frei Fernando Ventura y a Joaquim Franco sus tres libros *Do eu solitario ao nós solidario*, Lisboa 2011, Verso de Kapa; *Somos pobres más somos muitos*, Lisboa 2013, Verso de Kapa; y *Todos nós somos sendo*, Lisboa 2022, Contraponto, en los que vi reflejado todo lo que quería contar en este texto y que han sido la base para elaborarlo.
- 2 F. VENTURA y J. FRANCO (2013), *Somos pobres mas somos muitos*, Lisboa: Verso de Kapa.
- 3 A. MARUJO (2011), *Dios viene a Público* (entrevista a J. Masiá), Lisboa: Pedra Angular, p. 388.
- 4 Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción Donum Veritatis sobre la vocación eclesial del teólogo, marzo de 1990*, núms. 10 y 11.
- 5 Cuerpo geométrico cuyas caras son planas y encierran un volumen infinito. Simbólicamente es la figura geométrica en la que confluyen todas las parcialidades que conservan su propia originalidad, de modo que la identidad peculiar se integra cordialmente en la comunidad y la enriquece, sin quedar aislada ni esterilizada.
- 6 Sobre este tema, recomiendo leer el libro de T. HALÍK (2023), *La tarde del cristianismo*, Barcelona: Herder, donde profundiza sobre esta realidad.
- 7 Para más información, véase https://www.synod.va/content/dam/synod/document/common/opening/3.-MEDITAZIONE_Inoges-Sans_SP_EN_FR_IT.pdf
- 8 Intervención del día 9 de octubre de 2023, disponible en: <https://www.synod.va/es/xvi-asamblea-general-ordinaria-del-sinodo-de-los-obispos.html>
- 9 María ZAMBRANO (1989), *Hacia un saber del alma*, Madrid: Alianza, p. 94.
- 10 Jean Claude, cardenal Hollerich, «La Chiesa deve cambiare, rischiamo di parlare a un uomo che non c'è più», *Vatican News* (2022). Disponible en: <https://www.vaticannews.va/it/vaticano/news/2022-10/cardinale-hollerich-intervista-osservatore-pastorale-sinodo.html>
- 11 Comentario del papa Francisco en la Asamblea sinodal celebrada en octubre de 2023 en el Vaticano.
- 12 Para más información, véase <https://www.iubilaeum2025.va/es/giubileo-2025/verso-il-giubileo/2023-anno-del-concilio.html>
- 13 Para más información, véase <https://www.iubilaeum2025.va/es/giubileo-2025/lettera-di-papa-francesco.html>
- 14 Para más información, véase: https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2022/documents/20220106_omelia-pifania.html

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿En qué sentido la sinodalidad además de un cambio/conversión institucional supone también un cambio/conversión personal?
2. ¿Cómo definirías esa «cultura del cuidado» que debería caracterizar a una Iglesia samaritana? ¿Por qué dice la autora que esa cultura es «especialmente necesaria» para los sacerdotes y futuros sacerdotes?
3. En las páginas 20-22 la autora, al referirse a los abusos, enumera una serie de acciones a realizar para que «todos juntos vayamos en la buena dirección de ayudar a las víctimas». ¿Subrayarías alguna de ellas? ¿Añadirías alguna otra que consideras importante?
4. Y al final un ejercicio de imaginación... ¿Cómo te imaginas que es o podría ser esa Plaza de la Esperanza de la que habla Cristina?

* Si lo deseas puedes enviarnos tus respuestas, reflexiones y opiniones al correo cuadernos@fespinal.com

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Cuadernos CJ

Últimos títulos

- 231. *Sobre la tecnología*. O. Quintana
- 232. *Los CIE: instrumentos de sufrimiento inútil*. L. Zanón
- 233. *Democracia cultural*. J. Picó
- 234. *Ricos y pobres en el Nuevo Testamento*. J. I. González Faus
- 235. *El Espíritu sopla desde abajo*. V. Codina
- 236. *Cristo y las culturas*. C. Maza
- 237. *Contra la necronomía*. I. Zubero
- 238. *Del Sínodo al jubileo: construyendo comunidad en diálogo*. C. Inogés

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona

93 317 23 38 • info@fespinal.com

www.cristianismeijusticia.net

También puede descargarlos en:

www.cristianismeijusticia.net/es/cuadernos

Colabora con nosotros:

www.cristianismeijusticia.net/es/donativos



Septiembre del 2024 • Tiraje: 35.000 ejemplares

